

Jonathan Franklin

Una idea salvaje

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la
utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el
propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2021, Jonathan Franklin

Derechos exclusivos de edición:
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile
www.planetadelibros.cl

1ª edición en este formato: de 2026

Imagen de portada: Scott Soens
Imagen de contraportada: Beth Wald
Imágenes del interior: Archivo de la familia Tompkins, Antonio Vizcaino, Jeff
Johnson, Rick Ridgeway, Gary Braasch, Jo Schwartz, Galen Rowell, Barbara
Cushman Rowell, Suki Hill, Paul Ryan, Chris Jones, Peter Buckley
Todas las fotos cortesía de Jonathan Franklin
© Mapas de emk.nl

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Traducción: Horacio Ferro

ISBN: 978-956-6434-53-5

Impreso en:

Simplemente no se dejaba obstaculizar ante ningún tipo de realidad o viabilidad. Era como, ¿qué quieres? No limites tu potencial con falta de imaginación. Si no piensas en grande, nunca va a ocurrir.

No creo que le importara mucho lo que pensara el resto. No creo que estuviera intentando complacer a nadie. Y “fuera de mi camino, voy por esta visión que he creado”. Eso es potente. Es estimulante.

—QUINCEY TOMPKINS, hija mayor de Doug Tompkins

No tenía miedo de nada. Nunca le daba la espalda a algún problema difícil, a una conclusión difícil o a un desafío avasallante: ya fuera la sección desplomada de la roca que escalaba, o un planeta donde la pérdida del hábitat y el calentamiento global estuvieran poniendo el futuro en peligro. Doug nunca se detenía, nunca aminoraba el paso; era el hombre de acción por excelencia: una fuerza de la naturaleza, para la naturaleza.

—LITO TEJADA-FLORES, cineasta y escalador

En la cima nos agarró una tormenta de hielo enorme, y Doug creía que conocía la ruta de descenso y nos comenzó a guiar. De pronto se detuvo, congelado. Estaba al borde de un precipicio de 300 metros de profundidad. Se había equivocado rotundamente. Luego saqué una brújula, lo que yo llamo una brújula de boy scout. Nos habíamos desviado en 180 grados... e Yvon Chouinard se me acerca a la cara y dice, “¡No, es genial! ¡Hace que todo el viaje valga la pena!”, y me quedo pensando, ¿Con qué clase de maníacos me encuentro?

—TOM BROKAW, periodista del canal de TV NBC,
autor de *The Greatest Generation*

Doug aprendía rápido; se sentía como si fuera invencible, porque la cantidad normal de riesgo no aplicaba para él. Si alguna vez viajaste con Doug en su avión, sabes a lo que me refiero. Nos llevó en un vuelo sobre la Patagonia, y tuve que hacer todo lo posible por mantener mi estómago en su lugar. Se inclinaba sobre un ala y empezaba a girar en círculos mirando algo. Ciertamente tenía ese tipo de reflejos rápidos, propios de un piloto de guerra.

—DAVE SHORE, guía de descenso en balsa

Nota del autor

Viví muchos años admirando a Douglas Tompkins. Había hecho lo imposible: escaló a las alturas del mundo de los negocios y luego cobró sus fichas, tomó sus millones y se fue a luchar por la naturaleza. Yo admiraba su afán por los bosques nativos, los prados, los ríos y los humedales. Visité muchos de los sobresalientes parques nacionales que creó en Sudamérica. Cuando mi amigo uruguayo Rafa me llamó para contarme que Doug había muerto en un accidente navegando en kayak en diciembre del 2015, inmediatamente me sentí como un idiota. ¿Cómo no pasé más tiempo con este genio que tenía en frente? ¿Cómo pude tan solo haberlo entrevistado media docena de veces durante los últimos diez años?

Cuando me propuse escribir este libro, procuré capturar la esencia de su vida extraordinaria, y me sentí calificado para el desafío. Mi pasión por los grandes exteriores comenzó temprano, escalando bloques en New Hampshire y explorando pantanos en Massachusetts. Al igual que Doug, fui competidor de esquí en descenso y me encantaba poner a prueba los límites de la velocidad y el control. Doug llevó su pasión a San Francisco, y luego en 1989 voló hacia el sur de Chile. Yo seguí un rumbo similar, viajando ese mismo año para explorar aquel paraje en bicicleta. Al igual que Doug, he pasado la mitad de mi vida en los Estados Unidos y la otra mitad en Chile.

Cuando consulté a Kristine Tompkins por primera vez para que me permitiera escribir un libro sobre su difunto esposo, yo sabía que no era necesario preguntar. De hecho, ella me lo confirmó cuando me dijo “No necesitas mi visto bueno; puedes ir y escribirlo sin más”. Kris tenía razón, pero ese nunca fue el libro que quería escribir. Me interesaba conocer la historia íntima de un hombre formidable. Entrevisté suficientes veces a Doug

durante mis diecinueve años reportando para *The Guardian* como para saber que sus amigos cercanos lo protegían y eran casi tribales en su discreción. Entonces ella dijo que no. No podían ayudarme con el libro. Ocho meses después, volví a preguntarle a Kris por su permiso y cooperación. De nuevo me dijo que no. Estaba muy ocupada.

Lo volví a intentar. Si no tenía el tiempo, ¿al menos me podía dar su bendición? ¿Podíamos acordar transitar el mismo camino por separado? La biografía no sería autorizada, pero colaborativa. Podíamos compartir notas, impresiones e historias a raíz de la sorprendente muerte de su esposo. Ahí encontramos un terreno en común que, dos años más tarde, floreció en una colaboración mucho más allá de mi imaginación y que eventualmente derivó en horas de conversaciones cara a cara con Kris.

Recibía mis llamadas, leía mis correos electrónicos, dio largas entrevistas en Valle Chacabuco y Parque Pumalín en Chile, se reunió conmigo en Rincón del Socorro en Argentina y, cuando estaba terminando el libro, realizó videollamadas desde su hogar en California. Me compartió las cartas de amor de Doug, correos electrónicos privados, su colección personal de fotos e historias de su vida juntos. Me transmitió su pasión por la conservación y fue generosa al compartir su vida conmigo.

Durante casi cuatro años, exploré el mundo de Doug Tompkins. En su parque en la Patagonia di un paseo vespertino por Valle Chacabuco, consciente de que había pumas merodeando en las cercanías. En vez de darme miedo fue vigorizante; una sensación de anhelo se despertó en mi interior, como si necesitara un recordatorio de que los humanos también son parte de la cadena alimenticia.

Mientras visitaba los parques nacionales que Doug había establecido en Argentina, pude escuchar, pero no ver, a una familia de monos aulladores en lo alto de los árboles. Mi hija de siete años, Akira, imitó el grito y los monos descendieron, curiosos por este extraño monito, casi de su mismo tamaño. Estuvieron minutos mirándose a los ojos, gritando ida y vuelta. Akira siguió imitando el habla de los monos, y los aulladores conversaban entre ellos

emocionados, discutiendo el significado de esta nueva voz en el bosque. Todos los presentes sintieron la conexión, la comunicación, la comunión. Había traído a mis hijas en el viaje periodístico con la esperanza de que algo de lo silvestre se les pegara de los lugares que Doug Tompkins había salvado. ¿Podrían quizás haber retornado un poco más a lo natural para cuando volviéramos a casa? El encuentro de Akira con los monos aulladores hizo que todo pareciera posible.

Este libro es mi viaje adentrándome en la historia de amor de un hombre con la naturaleza. Las montañas salvajes, los bosques y los ríos. Doug Tompkins también era salvaje. Competitivo, hiperactivo y tan defectuoso como su amigo y vecino Steve Jobs, con quien discutía en fiestas. Tompkins era un ambientalista que manejaba un Ferrari rojo. Un multimillonario que prefería dormir en el sofá de un amigo. Era riguroso con los detalles, y al mismo tiempo era incapaz de ver a sus dos hijas que estaban frente a sus ojos. Duro, arrogante y propenso a las discusiones, despreciaba el compromiso.

El mundo para Doug Tompkins era negro y verde: o eras un flagelo o eras un esqueje. Nunca pareció importarle lo que pensarán los otros. Cuando los medios lo atacaban, Tompkins se reía. Le dijo a Thomas Kimber, un joven emprendedor que era su vecino, “no importa; en cincuenta años estarán construyendo estatuas en mi honor”.

Al igual como manejaba autos o remaba en kayak, Doug Tompkins rara vez miraba hacia atrás. Aun así, con todos sus defectos, me encontré embelesado con este escalador de rocas que a la edad de cuarenta y nueve años, y en la cima del capitalismo, echó un vistazo profundo a su alrededor y se dijo a sí mismo, “He escalado la montaña equivocada”.

Para entender a este hombre complejo he conducido cerca de 165 entrevistas, que van desde su compañero de séptimo de primaria, Stone Ermentrout, a su amigo de toda la vida, Yvon Chouinard. Me senté a entrevistar a Susie, su primera esposa; a sus dos hijas; a docenas de empleados que lo amaban, y a media docena que lo despreciaban. Notablemente, para cuando

murió, Tompkins había convertido a muchos de sus adversarios en aliados. Críticos que creían que estaba exagerando respecto a la muerte del planeta Tierra —gente que se preguntaba a qué se refería cuando decía que la extinción era la “madre de todas las crisis”— comenzó a ver que no les había ofrecido un escenario apocalíptico sino un vistazo del futuro.

El planeta nunca ha necesitado defensores tanto como ahora. Donde quiera que miremos, las noticias del medio ambiente son malas noticias. Incendios forestales. Calentamiento global. Extinción. Es una letanía de pérdida y destrucción que Douglas Tompkins luchó arduamente por ralentizar. Le gustaba citar a su mentor Arne Naess y decir que era “era un pesimista para el siglo veintiuno y un optimista para el siglo veintidós”. A pesar de su pesimismo respecto al comportamiento humano, Tompkins conservaba la fe de que la Tierra se recuperaría.

Durante las cuarentenas de COVID-19 se volvió evidente para muchos residentes urbanos y rurales que los animales siguen existiendo. Pumas visitando silenciosos los centros humanos, tortugas naciendo en playas sin turistas, delfines explorando ríos navegables repentinamente vacíos por primera vez en décadas. A penas se le da un alivio, una oportunidad para respirar, la naturaleza se vuelve resiliente. Pero el cambio requiere acción. Tompkins citó al autor naturalista Edward Abbey, quien se burló de la idea de que el crecimiento económico era una manera de medir la salud económica. “El crecimiento por el crecimiento”, dijo Abbey una vez, “es la filosofía de la célula cancerígena”.

Para Tompkins, la clave de la salud medioambiental no era el crecimiento sino la estabilidad. Reconocía que en un planeta finito existe la necesidad profunda de entregar tanto como recibimos y que, antes de morir, debemos hacer del mundo un lugar un poco mejor.

Intenté escribir este libro en una narrativa que mi hija de once años, Zoe, pudiera entender. Quise ayudarla, aún en su temprana edad, a entender el concepto de un legado con dignidad. Le dije a Zoe que Doug Tompkins —de quien había oído hablar bastante durante el viaje de cuatro años de su padre— sentía que la meta

más noble en la vida era dejar un planeta “un poco mejor”. Me sonrió, asintió, y luego hizo el tipo de pregunta que es tan natural para un niño y tan conmovedora para un adulto: “¿Por qué solo un poco mejor?”.

JONATHAN FRANKLIN
Punta de Lobos, Chile

Capítulo 1

La Revolución mochilera

Doug es el tipo de persona que uno podría arrojar desnudo con solo una rama en el desierto y, en un par de semanas, tendría un imperio propio. Creo que es el ser humano con mayor astucia que he conocido en mi vida. Sea donde sea que aterrizara, cualquiera fuera la situación en que se hallara, era capaz de encontrar la forma correcta de actuar más rápido que cualquiera. Y aunque no siempre lo hacía siguiendo las reglas, ni dentro de lo legal, sí que lo lograba.

—DICK DORWORTH, esquiador más rápido del mundo
en los sesenta

Doug Tompkins solía pasearse de un lado a otro, subiendo y bajando por las calles de San Francisco, vendiéndole esquís a *beatniks* y marineros magullados. De pies rápidos y respuestas veloces, el joven de veintidós años dominaba como nadie el tejemaneje de vendedor ambulante experimentado. Ese carismático desertor del colegio acosaba a los transeúntes, instándolos a entrar en su ecléctico negocio, que incluía desde herramientas de escalada hechas a mano hasta suéteres de pesca traídos de Escocia que prometían ser resistentes contra el viento más salvaje. Como un campeón de esgrima, Tompkins esquivaba y abordaba como nadie a los peatones desde su tienda. Su misión era una sola: vender, vender y vender. “¿Necesita un saco de dormir? ¿Pantalones de lana? ¿Un piolet de montaña?”, graznaba a los turistas que paseaban sin prisa frente a su pintoresco escaparate en North Beach.

Era 1965. La tienda había abierto apenas hacía un año y el dinero era escaso en el pequeño emprendimiento. El presupuesto completo de \$5.000 dólares con el que Doug contaba se había

acabado —invertido en una renovación completa de la tienda y una pequeña pila de equipos—. Los salarios se redujeron convenciendo a unos cuantos compañeros de escaladas para que lo ayudaran con el ajetreo propio de la venta callejera. A cambio, y a modo de compensación, les ofrecía asientos en primera fila en la escena callejera más movida de San Francisco, además, por supuesto, de cerveza gratis.

Doug Tompkins disfrutaba mucho también vistiendo en su propio y particular estilo. Casi como un artista circense, solía cambiar de disfraces frecuentemente; ya fuera llevando su sombrero de copa negro o su chaqueta felpuda que le llegaba a los tobillos, siempre conseguía verse elegante y audaz a la vez. Lo mismo ocurría con su tienda. Cuando los clientes le preguntaban por qué decidió bautizar su negocio como “The North Face”, Tompkins respondía con el aire desfachatado de un hombre al que le encanta lanzarse montaña abajo sobre esquís de madera a casi 140 kilómetros por hora: “La ladera sur es la que se escala más a menudo, la nieve es más blanda, y la luz del sol la hace más cálida”, sentenciaba con un suspiro. “Yo en cambio prefiero el lado más difícil. La cuesta más dura y helada. La ladera norte (*The North Face*) es un desafío más difícil y es la ruta que yo tomo en la vida”.

Pese a que faltaban décadas para que se convirtiera en una marca reconocida, la tienda original llamada The North Face, creada por Douglas Tompkins cuando apenas tenía veintiún años, fue la primera de sus tres grandes marcas que se convertirían luego en conceptos de reconocimiento mundial. La disrupción era el juego que a Tompkins le gustaba jugar y, según su mejor amigo, Yvon Chouinard, fundador de la marca de equipos Patagonia, no había nada que Doug disfrutara más que quebrar las reglas. “Si quieres entender al emprendedor, estudia al delincuente adolescente. Ese bandido que dice mediante sus acciones: ‘¡Esto apesta! ¡Voy a hacer las cosas a mi manera!’”. Así era Doug. Por eso desertó del colegio, porque, como un montón de chicos, no podía tolerar quedarse sentado en su escritorio mientras le decían qué hacer. Tenía demasiada energía, demasiadas ideas flotando en su cabeza como para eso”.

Frente a la vitrina donde destacaba un póster gigante de Bob Dylan, Tompkins y Chouinard arengaban a los transeúntes que paseaban por el barrio de North Beach —algunos rumbo al barrio chino, otros subiendo a los cerros desde el muelle—. Yvon cargaba a Quincey (la hija pequeña de Doug) sobre sus hombros como una manera de atraer clientes y comenzar una conversación. Cuando Quincey se cansaba, la ponía a dormir una siesta en la vitrina. La tierna bebé, desnuda como el día en que nació y durmiendo sobre un montón de alfombras de piel de reno, se convirtió en un éxito dentro de las conversaciones del barrio.

Además de vender esquis novedosos, equipamiento y ropa de montaña de última generación, la tienda de Doug se hizo conocida como “el lugar donde una bebé duerme sobre alfombras de reno”. Algo excepcional, considerando que dentro de la misma tienda se llevaban a cabo bulliciosos encuentros e intensos debates entre una muchedumbre ecléctica que se alimentaba de lo que rápidamente se convertiría en “La escena de The North Face”.

Tompkins y Chouinard solían parlotear en plena calle como un dúo cómico, al mismo tiempo que molestaban a los transeúntes, manteniendo continuas discusiones sobre la naturaleza ridícula de su negocio. ¿Quién le vendía largas cuerdas austríacas de 40 metros hechas de nylon hilado a marineros semiborrachos que buscaban festejar y divertirse? La calle donde estaban ubicados tenía bastante movimiento. A la derecha de The North Face se encontraba Big Al's Saloon, famoso por sus bailarinas en *topless*. A la izquierda, otra tropa de bailarinas apostadas en la calle se encargaban de seducir a hombres de negocios para que entraran a The Condor Club, un novedoso bar con *strippers* donde cada día, al atardecer, la música retumbaba y un piano de cola blanco descendía desde el techo con la voluptuosa Carol Doda tímidamente tendida encima. Al lado, las tablas del suelo de The North Face se estremecían con la reverberación, provocándose un leve terremoto dentro del local. Como si fuera poco, entre los distintos espectáculos, las *strippers* se daban el tiempo de disfrutar de la buena compañía y bromear con los escaladores. Así entonces, de tribu a tribu, todos compartían la excitación de romper con las tradiciones y la rutina. “Tompkins, sin embargo, parecía

totalmente fuera de lugar en esa tienda. Los pregoneros de los shows de *topless* afuera de los clubes eran una horda de gente de baja ralea deambulando por Broadway”, sentenciaba Chris Jones, un escalador que conoció a Doug mientras compraba un par de esquís. “Aun así, siempre Doug estaba desbordado de energía”.

Encajonado entre locales de baile y una seguidilla de bares de navegantes, The North Face era el escenario central de la explosiva agitación cultural del barrio North Beach. Cruzando la calle, el poeta Lawrence Ferlinghetti tenía la librería City Lights, quien solía provocar a los moralistas de avanzada de la nación publicando poesía y ficción que rompía con los géneros: el poema *Howl* de Allen Ginsberg enfureció a los censuradores, quienes echaban espuma por la boca con sus referencias celebratorias a drogas ilícitas y a sus dichos ardientes sobre el buen sexo. El escándalo, por supuesto, hizo que se volviera un poema aún más delicioso para aquellos que sentían un apetito por rebelión.

Mientras la carnicería de la Guerra de Vietnam descuartizaba la psique nacional, Doug estaba absorbiendo todo a nivel callejero, “las drogas eran una parte del círculo social y cultural completo de ese tiempo: drogas, música, sexo permisivo”. Tompkins escribiría luego: “En ese momento era un cambio total de sistemas de valores y una experimentación tremenda. Por supuesto, fue una oscilación muy amplia dentro del péndulo social. Se estaba formulando una nueva moralidad. Y yo me encontraba en el ojo mismo de la revolución social”.

North Beach, un barrio de inmigrantes italianos en los cincuenta, en los sesenta no era tan contracultural como Haight-Ashbury, que quedaba varios kilómetros hacia el oeste. A diferencia de “The Haight,” con su marejada de jóvenes que buscaban refugiarse de la vida convencional de los Estados Unidos, North Beach representaba más la formalidad de los cincuenta, que a los revolucionarios de los sesenta. Pero el cambio estaba en el aire y en North Beach tomó la forma de turistas que se salían del camino conocido y de poetas revolucionarios de paso. A lo largo de la Bahía, el movimiento por la libertad de expresión de la Universidad de California en Berkeley, y el apasionado discurso del líder estudiantil Mario Savio “pongan sus cuerpos

sobre el engranaje” encendieron el fuego entre los jóvenes a nivel nacional. En Oakland, el Partido Pantera Negra luchaba por la causa de la liberación afroamericana. Los agentes del FBI (bajo el liderazgo infame de su director J. Edgar Hoover) trabajaban a sobretiempos para sabotear, sofocar y suprimir ilegalmente las revueltas incipientes.

A nivel callejero, en North Beach, Doug e Yvon lo vieron todo, enfrentándose cada día a la marea y el flujo creciente de *beatniks*, turistas y borrachos. Les encantaba el ajeteo. La esposa de Doug, Susie Russell Tompkins, le agregaba su propio toque, comprando bikinis en Francia para luego venderlos a sus amigas adineradas de San Francisco.

Cuando necesitaban descansar del caos, Tompkins y Chouinard solían escabullirse al fondo de la tienda, descendiendo por una escalera a la que le faltaban peldaños, pasada una muralla con los cables eléctricos expuestos. En ese sótano comían algún bocadillo y descansaban. La habitación, construida dentro de la ladera del cerro, tenía piso de tierra. El aire era fresco y húmedo, alumbrado apenas por una bombilla desnuda. El suelo disparejo daba al sótano el aspecto de estar torcido, incluso cuando no se estaban fumando un porro.

Allí, Chouinard almacenaba cajas de equipos de escalada que forjaba en su fragua junto al mar en Ventura, California. Un genio de la mecánica y un artesano preciso: Chouinard martillaba hierro forjado y era experto en crear herramientas para escalar rocas. Cuando viajaba al parque nacional de Yosemite, la maleta de su auto iba repleta de piolets y mosquetones, dando por sentado que la tribu de escaladores que ahí encontraría estaría dispuesta a gastar sus pocos dólares arrugados en las herramientas confiables de Chouinard Equipment. Doug desde siempre ayudó a su amigo con los encargos al por mayor, sobre todo cuando Yvon quedó atrapado en un servicio militar de tres años que le impidió administrar el negocio mientras estuvo asignado en Corea. Cuando ya casi salía del ejército, Chouinard se mantenía en el limbo y pasaba los días limpiando la cancha de béisbol de Presidio Army Base, en San Francisco.